

Un espectáculo para verse y olvidarse

Por Jaime García Saucedo

Existen disciplinas como el Teatro, en donde hacer "surgir la obra" resulta una tarea difícil y en el caso de *Cambio de Guardia* del dramaturgo norteamericano Bill C. Davis, el problema no fue hacer "surgir" un texto meridianamente traducido, sino intentar, infructuosamente, sacarle partido a dos actores con una ortología que dejó mucho que desear.

El problema esencial de esta 'mise en scène' en el teatro en Círculo, estuvo en aprovechar el éxito teatral y trasplantarlo incondicionalmente al juicio de nuestros espectadores supuestamente distanciados de la controversia parroquial del texto.

La obra de Davis aborda un caso dramático entre dos hombres que discuten sobre el valor de la fe y su crisis ante una sociedad que le exige el anquilosamiento, ultraconservador, de una dialéctica agotada por su 'oficio doméstico' y que se enquistaba en los resquicios de los templos con sermones 'rosados' para el 'confort' de la mansedumbre y sumisión involuntaria de los receptores dóminicales que no desean alejarse de las entrañas del conformismo que sólo una sociedad capitalista sabe dar sin pedir.

Tal crisis repercute, lógicamente en lo interno de los jóvenes seminaristas que se aferran, sin resultado aparente, en un 'cambio de guardia': intringulis esencial de toda la trama.

Si hablamos de lo que hizo el Director Roberto McKay con este asunto que en vez de enseriarnos, lo que proporcionó fue risa, a causa de una errada conducción o quizás concepción del texto, diremos que no supo acertar ni en la elección de los dos actores ni en el ritmo. El actor Rogelio Pretto y el Sr. Adolfo Arias lucieron, en manos del Director, deformados debido a la gelidez que le transmitieron sus papeles; anduvieron durante los dos actos con el 'pie forzado'.

Rogelio Pretto no cuajó con la energía precisa; en otras palabras, se empeñó en 'decir' los parlamentos con 'empastamientos' inadmisibles y jamás 'interpretó' al controversial carácter de Mark Dolson. Se concretó a ubicarse en la frontera de 'si mismo', pero nunca en la del 'otro', es decir, en la del personaje.

Además, su robustez, postura y demostraciones gestuales son más adecuadas para el mundo de la publicidad, amén de que posee una dicción y ortología que deja mucho que desear. No sabe matizar, simplemente dice cosas, me reitero.

En cuanto a lo que nos dejó el actor Adolfo Arias, podemos decir en esta apreciación crítica que no sabe establecer diferencia alguna entre la ternura y la rabia, entre la inseguridad y la pasión que enceguece el ánimo espiritual, y entre la transición de un carácter a otro, de ahí que su personaje (el padre Farley) fue dudoso e inválido en todo el transcurso de la obra.

Hay algo en el señor Arias que nunca he podido aceptar y es su 'doble énfasis' a la hora de ejercer la articulación de los parlamentos y que nos da la impresión que no sabe vocalizar nuestro idioma con propiedad; ello lo obliga, fatalmente, a machacar divisiones silábicas en donde no debe, con una despreocupación asombrosa y pesada. Y pregunto si acaso el director Roberto McKay no se percató de estos casos tan evidentes que estropearon el ritmo y la fluidez de los parlamentos del texto traducido, precisamente, por el mismo Sr. Arias.

De todos estos 'lunares' anotados, que más bien parecen consecuencia del apresuramiento o imposición del tiempo sobre el grupo responsable, y de que la totalidad del espectáculo fue tediosa, opino que el diseño del cartel y el espacio escénico, así como las luces: elementos debidos a Ro-

gelio Pretto y Eddie Schwartz, respectivamente, fueron las únicas fórmulas artísticas rescatables de todo este 'asunto' presenciado en la noche del miércoles 25 de julio que es para verse y luego olvidarse.